

## “EL CRISTO DE LA LUZ”

### OBERTURA

Caminé por la cuesta empedrada,  
con enorme fatiga y emoción.  
He pasado la puerta “Bab-Mardóm”,  
coronando el calvario de la “luz”;  
y he subido a la “Torre del Sol”,  
para ver el abrazo amoroso del Tajo;  
y después me he sentado. . . pensativo,  
a la sombra del CRISTO DE LA LUZ.

### PRELUDIO

Un sagrado lugar, edificado  
con sudores y sangre sarracenos,  
anhelos de cristianos y judíos,  
en la paz y en la lucha siempre unidos,  
con el mismo destino en la ciudad.

### ACTO I

En tiempos de Atanagildo,  
el rey godo de Toledo,  
existía aquí una iglesia,  
do rezaba todo el pueblo.

Existía un crucifijo,  
sobre la puerta del templo.  
Lo besaban las mujeres,  
y también los caballeros.

Le rezaban los cristianos,  
le cantaban los romeros.  
¡Santo Cristo de la Luz,  
sé la luz de este tu pueblo!

Cierto día, por la noche,  
sin estrellas, sin luceros,  
dos hombres, llenos de odio,  
ultrajar a Dios quisieron.

Con la pica que llevaban,  
 en el costado le hirieron.  
 Le rompieron las costillas  
 y otro boquete le abrieron.

Aquellos hombres malvados  
 tapar su crimen quisieron;  
 cuantos más golpes le daban,  
 más sangre brotaba dentro.

Caminaron en sigilo  
 por las calles de Toledo,  
 hasta llegar a la plaza  
 que llaman Valdecaleros.

Allí llevaron la imagen,  
 la enterraron y se fueron,  
 pero la sangre brotaba,  
 de rojo tiñó el terreno.

A la mañana siguiente  
 los cristianos advirtieron  
 que el Cristo de sus amores  
 faltaba de aquel su templo.  
 Vino pronto el Arzobispo,  
 con él la gente del pueblo.

Pero de pronto notaron  
 manchas de sangre en el suelo,  
 manchas de sangre en la calle. . .  
 su rastro fueron siguiendo  
 hasta llegar a la plaza,  
 que llaman Valdecaleros.  
 Desenterraron al Cristo,  
 en procesión se volvieron,  
 pidiendo perdón a Dios  
 por aquel vil sacrilegio.

A aquellos hombres malvados  
 juicio breve les hicieron;  
 junto a la Puerta Bisagra  
 apedreados murieron.

ACTO II

Los enemigos de Cristo  
odio y venganza juraron.  
Una noche misteriosa,  
aquel Cristo envenenaron.

De cierto unguento mortal  
untaron los pies y manos,  
para que el que los besara  
muriera en el mismo acto.

A la mañana siguiente,  
caballero enamorado,  
a aquellos pies se acercó  
para besarlos, prendado.

Y el Cristo en aquel momento,  
antes de besar los labios,  
con un brusco movimiento,  
pie derecho ha desclavado.

Y no lo volvió a juntar,  
y se quedó desclavado,  
y por más que se intentara  
siempre quedó separado.

Alguaciles descubrieron  
a aquellos hombres malvados;  
a besar aquellos pies  
fueron pronto condenados.

ACTO III

¡Que viene el moro Tarik. . .!  
¡No perdona el sarraceno. . .!  
Llega avasallando nobles,  
viene quemando los templos.

¡Escondamos nuestro Cristo. . .!  
Pero ¿dónde lo escondemos. . .?  
—Hay un hueco en la pared—  
—En la pared hay un hueco. . .

—Lo metemos, lo tapiamos,  
y así lo conservaremos.  
Una lámpara de aceite  
lo iluminará por dentro.  
Y se pasaron cien años,  
y se pasaron doscientos;  
trescientos setenta años,  
y el Cristo estaba allí dentro.

#### ACTO IV

Cierto día en que llegara  
a la ciudad de Toledo,  
con el Cid Campeador  
el rey don Alfonso Sexto,  
ya pasado “Bab-Mardóm”,  
antes de llegar al templo,  
los caballos se pararon. . .,  
de rodillas se pusieron. . .

Con sus patas y sus cascos  
descubrieron aquel hueco,  
observando con asombro  
la existencia del misterio.

Era un Cristo iluminado  
con la luz de aceite añejo.  
Era un Cristo singular,  
desclavado el pie derecho. . .

Era el Cristo de la Luz,  
el mismo que allí escondieron  
trescientos setenta años  
a aquellos cristianos viejos.

#### CODA FINAL

Mezquita, Sinagoga y Catedral. . .  
El misterio del CRISTO DE LA LUZ,  
que es un Cristo sin clavos. . . sin sudario,  
es un Cristo sin llagas. . . y sin Cruz.  
Es un Cristo de Luz en el misterio. . .,  
es misterio de paz en la penumbra,

es penumbra de sol y enredadera,  
con música callada, dulce y mística  
del saltarín y riente surtidor. . .

Hay ecos en tus arcos centenarios  
de mozárabes cánticos, visigóticos versos,  
con trinos de gorriones mañaneros.

Las almenas vigilan el curso del Tajo.  
Los cipreses, mirando al cielo azul,  
invitan anhelantes a oración. . .

QUE EL NOBLE PANTOCRATOR DE LA BOVEDA  
BENDIGA LA CIUDAD DE ALFONSO SEXTO. . .  
CON UNA PAZ ETERNA.

QUE EL CRISTO DE LA LUZ  
SIGA SIN PUERTAS,  
ABIERTO EN LIBERTAD,  
RECIBIENDO PLEGARIAS FERVIENTES  
DEL CRISTIANO MOZARABE,  
DEL JUDÍO ERRANTE  
Y DEL FIEL MUSULMAN.

ANTONIO B. CELADA ALONSO  
Numerario